

textos

el presente

el amor en tiempos de estruendo, (Conferencia en el master de "Psicoterapia psicoanalítica" de G. Gutiérrez en la Facultad de Psicología de Somosaguas, UCM).

Madrid, 16 de diciembre de 2005.

El amor es una sombra. Cómo mientes y lloras en su pos.

Elm. Sylvia Plath

Para empezar, es aconsejable prescindir casi totalmente de la ingente literatura generada en torno a esto. Intentar un acercamiento al desnudo, a partir de la página en blanco, del método de la *tabula rasa*.

Y esto sin mucho pudor. Más bien con el descaro que sólo tienen los tímidos, los que han amado y temblado casi en cualquier cosa. A partir de ahí, no hay mucho que temer.

I Ontología

1. Es inevitable sentir en el amor la posibilidad de *abrazar*, al menos de modo pasajero, aquello que no se puede conocer ni poseer. La tentación del amor brota del hecho de que el humano no es autosuficiente, no puede ser pleno, sino que depende de una latencia desconocida[1].
2. El amor es así expresión de la dualidad constitutiva de los humanos, de una potencia (*dynamis*) que endeuda a cada individuo con la extrañeza del resto. A diferencia del dios, el ser humano nunca es de lleno *en acto*. Una potencia irreductible le habita, haciéndole incompleto[2].
3. El amor colorea, en este sentido, la inevitable inclinación de la humanidad hacia lo Otro, lo ausente en toda presencia, esa sombra espectral que recorre el rostro de las cosas. La potencia amorosa -y sexual- es entonces síntoma de una impotencia profunda, de una potencia de no-ser. Y este es tal vez el motivo de fondo del erotismo: no poder ser plenamente acto, fluida actualidad en la economía de lo público.
4. De ahí la fascinación arcaica por el amor: a través de lo secreto alcanzar una comunidad que a lo público le está vedada. Y al lado, una cuestión que obsesiona a la especie en la relación con el *otro sexo* -el sexo siempre es otro: la fertilidad, la posibilidad de reproducirse más allá de la muerte -a través de la "pequeña muerte" del orgasmo. Para Platón era ya una especie de "fiebre", de "locura" por la que se experimentaba aquí el allá, la idea en la cosa.
5. Es posible que el "fruto del pecado", la descendencia, nunca haya dejado de ser una metáfora del peligro de *metamorfosis* que anidaba en el amor. Metamorfosis, alteración, fiebre que nos deja ciegos -curiosamente, como las serpientes cuando mudan de piel. Llegado el caso, cualquiera puede ver ahí lo que nosotros no vemos. O no ver nada en absoluto, no entender nada. Probablemente el acontecimiento es indecible hasta después, mucho después.
6. La fuerza política del amor, en el cristianismo y en diversos movimientos "contraculturales" posteriores, podría basarse en afirmar lo no determinable, lo que late en las afueras, ahí donde toda

generalización es imposible y la seguridad de lo sabido se suspende. La "locura proclamada en alta voz", dice San Pablo (I Cor. 1, 20-24).

7. Según Borges, sin embargo, el peligro está en la *esperanza*, en las enormes expectativas que el amor suscita, en su ilusión[3]. No podemos, ciertamente, vivir sin la ilusión. Pero no está demostrado tampoco que podamos vivir con la ilusión extrema del amor, del enamoramiento, en este mundo "sublunar". Más aún después de que éste es carcomido por el cálculo, la doblez, el narcisismo egoísta, la organización minuciosa del tiempo.

8. De ahí quizá la abstinencia, la soledad ascética que rodea al guerrero, al visionario, al que tiene una misión: sea Cristo, Spinoza, Teresa de Calcuta o Kant. Una castidad por hipersexuación, diríamos, pues nadie en concreto puede estar a la altura de ese amor místico por el mundo. En el caso de Nietzsche, de Pasolini, de Foucault, esa ascética se coaliga con una sexualidad compulsiva, casi siempre clandestina.

9. En este punto conviene recordar en qué sentido el varón, sobre todo el intelectual -y el varón siempre es un "intelectual" enganchado a la generalidad, mientras la mujer ha *pactado* con el diablo, el "uno a uno" de la existencia- está expuesto en este campo a un ridículo, a una tortura sin precedentes. Y esto, mucho antes del actual temor al "compromiso". Salvo que él entre en la lógica de *Don Juan*, pero entonces revive el drama femenino del *uno a uno*, lo que le impide convertirse en un hombre "decente" y fundar una familia.

10. De cualquier modo, el amor es de las cosas más peligrosas del mundo y un fracaso en este terreno significará algo así como desear no haber nacido. Es lo mejor y lo peor en esta tierra, por eso en los contornos del amor tenemos el instinto de fortalecer las relaciones mundanas, de cultivar la sobriedad de la relación amistosa. La auténtica alegría es austera, dice Séneca.

11. Cuando amamos es como si de repente el otro condensase toda la pasión secreta que hemos sentido de manera intermitente por las cosas, nubes, puestas de sol, animales indefensos. El misterio de la esencia al fin ahí, en el silencio de un rostro, visible y audible. Toda la profundidad en la superficie, una eternidad que coexiste con la más frágil duración. Las cosas tardarán en volver a su molición después de esta revelación.

12. El amor "te llama por tu nombre" (Leonard Cohen), libera la existencia que latía bajo el personaje civil, hace temblar tu autoconocimiento. "Nunca fui como te amo", dice el poeta Uxío Novoneyra. A partir de ahí, es difícil la vuelta a cualquier normalidad. Después de un fracaso ahí, lo habitual es tener que retirarse durante un tiempo, incluso al convento, o volcarse en el trabajo, en la política. Después de ese salto, cómo conformarse con simplemente vivir. Sería significativo, en este punto, comprobar las motivaciones conocidas del suicidio. Mejor no hacerlo.

13. Cuando Shakespeare dice "has de ser cruel para ser amable" (*Hamlet*), resucita una vieja complicidad entre el movimiento de la espada y el reposo del mundo, entre la publicidad de la Historia y el secreto del amor. Pero esto no demuestra que el amor no sea una guerra frente a la cual toda otra es preparación[4].

14. ¿Por qué es tan difícil volver a recuperar una relación que ha fracasado en el lance amoroso, una vez traspasado el umbral de la entrega, el sexo, la confesión, la intimidad? Porque, para romper con esa *droga*, nos hemos tenido con frecuencia que humillar tanto, que arrastrar tanto...

15. Porque uno se ha implicado de tal manera que fingir después la normalidad social sería casi un insulto. Apenas hay ningún margen, a diferencia de la decepción que se puede producir en la amistad. En cierto modo, solamente el *odio* -al menos, una sorda aversión- está a la altura de la intensidad que se sintió en el amor.

16. Rilke hablaba de la desolación incomparable, y la receptividad incomparable, de la gente abandonada. Aunque los modernos, por razones obvias, hemos de mentir en este punto, pues no somos precisamente "modernos" ahí, no hemos podido serlo. Para empezar, como decía Pound, no hay amor sin celos.

17. Es imposible separar el amor de la violencia de abrazar y ser abrazado por una singularidad sin equivalencia. Dos unidos por lo que nos separa: singularidad la ajena que obliga a la propia. Si cada persona es única, un mundo inviolable -de ahí el "no matarás"-, eso significa también que el conocimiento no alcanza para rozarla. Se la ama o no. Y amar obliga a revivir lo que uno es sin remedio, el más íntimo ser-afuera, anterior a que uno mismo decida nada, sin el control que nos es habitual.

18. Un aspecto clave del amor es afirmar aquello que no se puede conocer, el *amor fati* de estar a la altura del acontecimiento. El amor convierte lo que *viene* en tarea. Convierte el accidente en monumento, la contingencia en necesidad.

19. De ahí el *rejuvenecimiento* milagroso que opera -¿recordáis al protagonista de *American Beauty*? El amor rejuvenece con la tensión del acontecimiento imprevisible, el "uno a uno" de la existencia, ese peligroso principio de variación que siempre hemos sentido en el eje de la tierra.

20. Todas clase de "cochinadas" corporales están ahora permitidas, con tal de que estén envueltas por la unidad inconcebible del amor. Precisamente la pornografía, aunque intente contar una historia, siempre ha de enfocar y enfatizar las partes, sin hacerse cargo del todo, no contable, de la relación. Nada en la relación sexual es patológico si ellos aguantan en la castidad, la soledad sin relación que el amor trabaja. Y si lo que sostiene la relación es el contrato, tampoco hay problema.

21. Allí donde es "imposible" la relación sexual plena, cuando está a punto de desvanecerse su objeto (Freud), el amor consigue afirmar una relación con lo *imposible* que anida en lo real. Abandonando esta íntima posibilidad de no ser, abandonaríamos lo único que hace posible el amor[5]. Por eso Bataille, entre otros, insiste en la relación entre el amor y la muerte.

22. De ahí que los amantes estén solos. Se aíslan, en principio, porque rompen la lógica mayoritaria de nuestra cultura, de nuestra metafísica de oposiciones. Blanchot, después de Rilke, ha hablado magníficamente de esa soledad de los amantes por su relación no negativa con la muerte[6]. Como Resnais y Duras en *Hiroshima mon amour*. Habría algo *asocialen* el amor, como una relación con lo desconocido sin amigos.

II Política

23. Por una parte es como si el amor, desde el romanticismo, se hubiera vuelto compulsivo en la modernidad. El amor como un espejismo, un sueño de oasis y sombra en este mundo de transparencia total. Como si buscáramos -recordemos *India song*, *Leaving Las Vegas*-, refugiarnos en él del frío estruendo de este mundo implacable.

24. Pero el amor "te llama por tu nombre", convoca tu *Dasein*, trastoca tu identidad civil. Y el caso es que estamos refugiados en ella, en una socialización que se ha convertido en omnipresente -para todos necesitamos mediadores especialistas. Como la gente se ampara en la impersonalidad de las reglas, nunca sabes con quien estás: hasta que ocurre algo, un "accidente". Pero si el amor es un campo de minas para la identidad, es normal que la humanidad moderna, con las mujeres ya integradas en la estadística de lo general, tenga serias prevenciones.

25. Añadamos a esto un panorama general de desafecto, de progresivo silencio del prójimo -cuando no autismo. El estruendo de lo global es la cara externa del silencio de lo privado, sólo roto por la tecnología audiovisual. Toda la ideología tecnológica supone un privilegio constante del lejano en detrimento del cercano. Mientras la realidad virtual alcanza la alta definición, la presencia real se vuelve borrosa. No queremos relaciones directas con lo real: hasta la filosofía se ha ocupado de ese dogma.

26. Asistimos pues a una soledad nueva, acristalada en el silicio, a una retirada del sujeto tras las nuevas prótesis para la distancia. En realidad, el número febril de la sociedad mundial señala ya lo que somos, pues sólo se suman soledades, el mutismo-estruendo de seres anónimos. Entre el clamor de lo público y la mudez de lo privado, de una privacidad amurallada, apenas habría espacio para el amor.

27. Es posible incluso que la sexualidad, hoy más o menos obligatoria, crezca en la medida en que la soledad crece -recordemos, hace diez años, aquel caso del popular político británico muerto en una "sesión de masturbación". Toda la pornografía insiste, precisamente para garantizar su fluidez, en la relación entre promiscuidad y aislamiento -en este sentido, es siempre muy moralista. Ciertamente, sólo los seres anónimos pueden mezclarse, penetrarse e interactuar sin límites. No sé si es una buena noticia que la mujer se incorpore con una nueva energía a esta lógica típicamente masculina.

28. Cuando ellas en realidad saben que lo que seduce, la seducción, al margen de cualquier estrategia de diseño, se arraiga siempre en el misterio de un objeto, de un estar-ahí inaccesible. El sujeto de derechos, autoconsciente, por el contrario, acaba con el erotismo. En este aspecto, toda la supuesta erudición postmoderna en torno al amor, y este afán de autoconocimiento propio de la información, ha hecho un inmenso daño a la posibilidad del amor. Puede haber sensualidad en la castidad; puede haber tedio en el sexo más o menos obligatorio de hoy en día. De esto ya no sabemos nada.

29. Pongamos en la cuenta, claro está, el *envejecimiento* prematuro de la gente, jóvenes incluidos, debido al exilio en la seguridad global. Este amurallamiento en una privacidad blindada, que se realiza sin cesar tras el *lifting* de un culto a la juventud espectacular.

30. Evidentemente, el amor ha sido víctima de la velocidad como idea fija, del pánico global al reposo, este "haber perdido la fórmula para detenerse" (Baudrillard) que caracteriza a la sociedad postmoderna. Y también presiona el miedo a envejecer juntos, la lesión al narcisismo eternamente juvenil, dice Virilio, en una sociedad que, sin embargo, es profundamente *senil* en su obsesión por el aislamiento y la seguridad.

31. La lógica consumista del reemplazo constante, que nos protege de tener que ser fieles a algo intransferible, ha empujado a la ideología del divorcio generalizado, incluso en la misma cópula. ¿Será cierto que debido a esto acabaremos prefiriendo el sexo a distancia? ¿El problema entre los sexos es el acoso, el maltrato, o más bien la indiferencia, el tedio, el silencio?

32. Brotando también del individualismo, surge otro problema: cómo encontrar "el hombre de tu vida", "la

mujer de tu vida" si, aunque sólo sea por narcisismo, por un prolongado cuidado de sí mismo y un pánico típicamente informático a la simplicidad, tienes ya *dos o tres vidas*. Podríamos decir que la multiplicidad de opciones, la ideología del *zapping* significa más o menos ser infiel antes ya de la primera cita. ¿Estamos, una vez más, exagerando?

33. Esta doblez era hasta ayer cosa de hombres, pues siempre hemos sido más cobardes, pero la "paridad" -genial ardid de lo masculino- ha avanzado vertiginosamente en este campo. En efecto, el secreto era muy aburrido, muy pesado: ¡bienvenidas entonces al club del estruendo, al de la separación y la seguridad mundiales!

34. Bienvenidas también a estas matanzas, de lo otros, que han llegado a ser vitales para nosotros. Ahora bien, la lógica del "cero muertos" (Baudrillard), el hecho de que entre nosotros nadie esté dispuesto a dar su vida por nada, hará difícil el amor. A cambio, tendremos la solidaridad organizada a distancia.

35. Tiene gracia que hoy, cuando tantas mujeres se *liberan*, algunos hombres nos empeñemos en atarnos a una vieja pasión por el prójimo, ese borroso desconocido que nos invita, sin saberlo, a una especie de fundamentalismo del afecto.

1. Cfr. Georges Bataille, *El erotismo*, Tusquets, Barcelona, 1988 (5ª ed.), p 39.

2. Según Aristóteles, el ser vivo y finito es perpetuo tránsito de la *potencia* al acto, potencia nunca enteramente actualizada, pues *acto puro* sólo puede serlo el dios. De ahí también que la contemplación haya de ser algo así como instantánea ("pequeña en volumen, aunque grande en dignidad": Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, libro X, cap. 7, 1178a 1-3), del mismo modo que la felicidad sólo puede ser una tendencia, irrealizable plenamente entre los mortales.

3. Jorge Luis Borges, *Obra poética*, Alianza, Madrid, 1979, p.

4. Rainer M. Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Alianza, Madrid, 1980, p 71.

5. Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*, Pre-Textos, Valencia, 1996, p. 24. Según Deleuze, al igual que la *mónada* de Leibniz, el *Dasein* de Heidegger no necesita relaciones externas ("ventanas") porque toda exterioridad brota de su fondo sombrío, ya que su ser más íntimo es el ser-afuera. Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el Barroco*, Paidós, Barcelona, 1989, pp. 39 y 107.

6. Maurice Blanchot, *La comunidad inconfesable*, Vuelta, México, 1992. pp. 45 ss.